

# EDITORIAL

Me gustaría aprovechar la oportunidad que me ofrece la Revista al redactar esta Editorial, para reflexionar con Uds. sobre algo que últimamente me inquieta, en estos tiempos difíciles para la Universidad, cuando desde los medios se cuestiona su rigor, cuando por intereses políticos se pone en entredicho la Universidad pública y cuando la misma producción científica parece haber perdido su credibilidad.

¿Cuál es la verdadera misión de la Universidad en el S. XXI? La primera vez que me hice esta reflexión, hace ya algunos años, encontré en la lectura de “Misión de la Universidad”, de Ortega y Gasset (1930) algunas respuestas que me resultaron muy clarificadoras y que entonces, como ahora, comparto plenamente.

La misión fundamental de la educación universitaria es la transmisión y el fomento de la cultura, o lo que este ensayista denominaba «el sistema vital de las ideas en cada tiempo”. Es decir, la filosofía que puede guiar a las personas por el rumbo de la vida, en épocas de confusión, en tiempos difíciles o inciertos como los actuales. Para Ortega y Gasset, la cultura es lo contrario al atavío exterior, es lo que “salva del naufragio vital”:

La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento: trabaja por encontrar en la selva vías, caminos; es decir: ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas es la cultura en el sentido verdadero de la palabra... Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento (Ortega y Gasset, 1930, p. 16).

Sin perder de vista esta gran misión, ¿qué hacer en tiempos difíciles?; no debemos perder la tradición pero hemos de avanzar con la evolución de los tiempos. La realidad acelerada e incierta que vivimos en los albores del S. XXI, pone en cuestión su profunda razón de ser, pese a que se reconoce en ella a una institución esencial para el desarrollo de una sociedad y de una economía donde el conocimiento debe jugar un papel central en la promoción del bienestar.

A menudo, sin embargo, el descubrimiento de ese conocimiento y su transmisión a la sociedad se relega a un segundo plano por mor de la necesidad de la rápida difusión de sus resultados con el fin de cumplir los criterios –cada vez más endurecidos o inalcanzables– impuestos para acceder o mantenerse en la Universidad, al tiempo que se diluye la identidad de la propia institución universitaria. Pero ¿cuál es la identidad de la Universidad?

Castells (2003) afirma que identidad es un proceso de construcción de sentido que atiende a un atributo cultural, al cual se le da prioridad sobre el resto de las fuentes

de sentido. Y, en efecto, si algo ha de caracterizar a la Universidad es su identidad; la que permite el diálogo universitario y el pensamiento crítico junto a la libertad académica; la Universidad como instancia fundamental de construcción social está llamada a dialogar consigo misma, a repensarse y responder a su propia búsqueda del conocimiento.

En un futuro presente, si tenemos universidades será porque el cultivo del saber no sólo es necesario para quienes acceden a ella, sino porque de ese saber dependerá lo que puedan hacer y forjar en su vida, pues lo aprendido ha de ser relevante en su vida y actuación cotidiana, como afirma un proverbio hindú, nuestros actos siguen a nuestros pensamientos como la rueda del carro sigue a la pezuña del buey.

La universidad debe generar nuevas ideas, nuevas formas de concebir y comprender la existencia y nuevas herramientas de transformación de la realidad. En su génesis de pensamiento universal, el método escolástico como método de enseñanza –lectio, quaestio y disputatio– debería ser la esencia de la interrelación universitaria (docentes y alumnos), donde el papel del estudiante es pensar, dudar, criticar, discutir e incluso re-pensar el saber compartido por el docente para transformar la sociedad, porque la formación nos tiene que hacer reflexivos, críticos y libres. Pero lo cierto y verdad es que la Universidad de hoy se caracteriza por su dedicación casi exclusiva a la investigación, aletargando el saber, el conocimiento, en definitiva hipotecando su misión tradicional, la cultura.

La Universidad se describe a menudo como la morada de la ciencia y de los científicos y actualmente ser docente en la misma supone alternar dos funciones indisolubles; la administración de la vida académica y la investigación orientada a resultados (a la evidencia). Actualmente, la persistencia o supervivencia en la Universidad depende del impacto de nuestras publicaciones según estándares de calidad, en detrimento de nuestra curiosidad, imaginación y constancia. La investigación no ha de ser simplemente una actividad entre otras muchas, que se puede escoger o no. Muy al contrario, la investigación y la formación investigadora constituyen cada vez más la razón principal de la Universidad. La función investigadora ha llegado a convertirse en el sello de la Universidad.

Desde esta perspectiva cabe preguntarse si las revistas científicas nacen con el afán de difundir el avance del conocimiento y si verdaderamente contribuyen a la ciencia. La realidad nos indica que no siempre es así. Desde nuestra Revista de Investigación Educativa, y como su editora adjunta, puedo afirmar que intentamos que así sea. Son muchos los filtros y evaluaciones de pares por los que pasan cada uno de los artículos que nos llegan hasta que ven la luz en las páginas de nuestra Revista para que el conocimiento científico avance y se puedan dar a conocer a la comunidad de una manera transparente. La publicación científica es mucho más que una visión instantánea de lo que ocurre en un momento dado en la investigación: es, o debería ser, un repertorio global del conocimiento científico. Cuando se publica, cada artículo expande la biblioteca de la literatura científica que está disponible para todos nosotros, docentes e investigadores y ello contribuye a la base del conocimiento general de la ciencia y de la cultura.

En este número se presentan 15 artículos que son prueba de ello, encabezado por la reflexión que hace el Dr. Tomas Escudero sobre la Evaluación del profesio-

rado como camino directo hacia la mejora de la calidad educativa donde presenta y defiende la evaluación del profesorado como una faceta muy relevante de la investigación evaluativa en educación, con un gran potencial para fortalecer y mejorar diversos aspectos de la calidad educativa. Le sigue un artículo internacional de la Universidad de Padua y a continuación se incluyen diferentes artículos de distintas Universidades españolas, que dan muestra del estado de sus investigaciones y, por tanto, de los temas que les preocupan, con el afán de contribuir al avance científico y al progreso de nuestra ciencia y cultura.

Sin lugar a dudas la ciencia es también parte de nuestra cultura y es labor de todos contribuir a que la Universidad tenga una buena conexión con la sociedad donde se inserta, a través de la calidad, transparencia y eficacia del saber (la cultura) y la investigación, sin abandonar la lógica del discurso.

### Referencias

- Castells, M. (2003). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad* (vol. II, 2ª ed.). Madrid: Alianza Editorial.
- Ortega y Gasset, J. (1930). *Misión de la Universidad*. Madrid: Revista de Occidente.

Pilar Martínez Clares  
Editora Adjunta de la Revista de Investigación Educativa